

Entre el bien público y la ortodoxia financiera: *El capital en el siglo XXI* de Thomas Piketty

José Antonio González de León



Thomas Piketty en la Universidad de California en Berkeley, 2014.
(Fotografía: Justin Sullivan/Getty Images)

*...la historia de los ingresos y de la riqueza
siempre es profundamente
política, caótica e imprevisible.*

THOMAS PIKETTY

EN *EL CAPITAL EN EL SIGLO XXI*, Thomas Piketty rastrea desde el siglo XVIII los conceptos de concentración de la riqueza, del crecimiento, de la competencia, del progreso tecnológico y la estabilización de las desigualdades, y llega al desarrollo económico del capitalismo hasta nuestros días. El libro consta de dieciséis capítulos integrados en cuatro partes. La primera se titula “Ingreso y capital” y es una introducción a las nociones que el autor más utilizará a lo largo del libro. Conceptos como “ingreso nacional”, “capital” y “relación capital/ingreso” son usados para exponer el

comportamiento de la “distribución mundial del ingreso y de la producción”. Son también analizadas, a partir de la Revolución Industrial, las tasas de crecimiento de la población, y la producción.

La segunda parte, “La dinámica de la relación capital/ingreso” aborda la relación capital/ingreso en los inicios del siglo XXI y la distribución global del ingreso nacional “entre ingresos por trabajo e ingresos por capital”. En el capítulo 3, únicamente para los casos del Reino Unido y Francia, se estudian las “metamorfosis” de las relaciones del capital con una complejidad estadística exhaustiva reunida desde el siglo XVIII. Con los mismos lineamientos del capítulo anterior estudian los cambios en los Estados Unidos y Alemania. En los siguientes capítulos, tomando como ejemplo los casos anteriores y fuentes estadísticas más reducidas, se proyecta el comportamiento de la relación entre el “capital/ingreso” y la distribución en el “capital/trabajo” en un mayor número de países para las siguientes décadas del siglo XXI.

En una tercera parte, “La estructura de las desigualdades”, ingresamos a las dimensiones de la “desigualdad en el reparto de los ingresos por trabajo” y “la propiedad del capital y de los ingresos que produce”. Continúa con las dinámicas contrastadas de la desigualdad entre Francia y los Estados Unidos. Las desigualdades entre el capital y el trabajo, respectivamente, son presentadas con información menos rica para los otros países. El capítulo 11 es especialmente atractivo debido a que considera el peso que tiene la herencia en el comportamiento del capital y sus implícitos políticos en el largo plazo. Al final de esta parte, nos muestra la “distribución mundial de la riqueza” en las dos primeras décadas de este siglo XXI.

En la última parte, “Regular el capital en el siglo XXI”, se analizan las actuales dinámicas económicas del capital, que han dado un giro y alertan sobre previsiones políticas y normativas en un futuro próximo. Sigue con las adaptaciones aplicables hoy a un “Estado social” y subraya las tendencias a las que la experiencia histórica nos ha llevado; propone “el impuesto progresivo sobre el capital” como una herramienta ideal, trata también

las formas emergentes de regulación en otros países y sugiere el impuesto progresivo para el capitalismo patrimonial en este siglo. Termina con la gravedad de la deuda pública en relación a “la acumulación óptima de capital público” y su impacto sobre el “capital natural”.

Por la problemática de la desigualdad en el ingreso nacional con la que nació la economía política, Piketty nos reconduce por la experiencia del análisis económico iniciado en el siglo XIX y lo contrapuntea con los criterios generales de análisis a partir de la curva de Kuznets y su impresionante configuración estadística, que impactaron los análisis del crecimiento económico durante todo el XX.

Hacia años no se publicaba un libro que recogiera las virtudes de la “gran teoría”, esa espiritualidad del pensamiento económico que fija sus vínculos concentrados en el individuo y los grupos sociales, priorizando su condición humana antes que otras cosas, porque el punto de partida de la economía política e histórica fue un desprendimiento de la filosofía moral. Adam Smith, por ejemplo, se acercó a la economía desde la filosofía moral.

En sus orígenes, la economía política tiene esos antecedentes filosóficos en el siglo XVIII y primera mitad del XIX. Con el tiempo se decantó y hacia la segunda mitad del XIX se transforma en un pensamiento que culmina en dogma en la década de los setenta del siglo XX, asentado en un formato abstracto de verdades acabadas. Dichas verdades están enraizadas en un pensamiento aséptico, de cálculo matemático puro y una pulcritud lógica invencible que salvaguarda la ortodoxia de la defensa del capital financiero, por encima de cualquiera otra manifestación del capital que no sea el institucionalizado de las bolsas y los bancos como supuesto único recurso para mantener la estabilidad del crecimiento económico. Todo esto envuelve un concepto de riqueza revolvente entre quienes ya se han hecho de ella desde antes de llegar a la cita. Esta crítica subyace a lo largo de todo el libro.

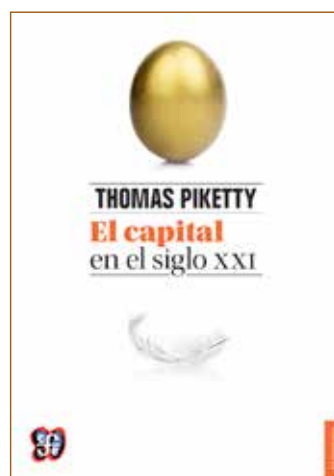
Deduciéndolo de su análisis de la historia del capital, Piketty resalta los puntos más críticos que deben ser atendidos en lo inmediato. Por ejemplo, el peso

distorsionador (“desestabilizador”, “fuerza de divergencia”) que produce la exorbitante riqueza trasladada por herencia de una generación a otra. Es interesante que lo haga incluyendo acciones que redefinirían necesariamente las políticas públicas de los estados: “Acciones tenues, paulatinas y en una sucesión de reformas bien medidas y calculadas para evitar cambios abruptos”.

En el talento de Piketty queda el atractivo de la renovación conceptual. Socialmente, el concepto de riqueza comienza a transformarse por la lógica de la enorme concentración de ésta. El impacto de la innovación tecnológica sobre la manera y forma de comunicarnos —en todos sus planos— ha incrementado como nunca antes su intensidad. La condición de la pobreza —que disminuye el acceso al mundo de productos ofertados, satisfactores no vitales propuestos por la cultura del consumismo— ha forzado a volver la mirada hacia aquello accesible y más barato: la Internet.

Con recursos económicos moderados, la mayor cantidad de consumidores de los medios electrónicos tienen un acceso virtual a un campo conceptual, emocionalmente eficiente y creativo, que conlleva otras manifestaciones de distribución de la riqueza: una forma novedosa de acceso al conocimiento en todos sus niveles que no puede impedir por subsecuente impacto en la productividad. La difusión del saber ha abierto ahora un bien público fuera de los circuitos mercantiles de capital social. Esto presupone una filtración no prevista desde el capital financiero e inmobiliario al capital humano, gracias al impacto de la optimización de la tecnología. Para Piketty, el escenario social se ha comenzado a modificar y tendríamos ya un efecto parcial favorable para “los ejecutivos merecedores sobre los accionistas barrigudos de la competencia sobre el nepotismo. Así, las desigualdades se volverían naturalmente más meritocráticas y menos determinadas (si no es que de nivel menor) a lo largo de la historia: en cierta manera, la racionalidad económica resultaría mecánicamente en la racionalidad democrática”.

El bien público, concepto realmente central para la estructura de análisis del libro, es la fuerza de convergencia más importante porque marca una disminución



El capital en el siglo XXI

Thomas Piketty

México, Fondo de Cultura Económica

2014, 663 pp.

en las desigualdades referentes al proceso de difusión del conocimiento, de inversión en la capacitación y formación de habilidades, posibilitando el incremento en la productividad. Con este libro, Piketty se ubica dentro de las corrientes de pensamiento más novedosas en la actualidad con una curiosidad que retoma el humanismo ante la asepsia ortodoxa de las pasadas cuatro décadas de la economía neoliberal y sus implícitos de “empirismo abstracto”, como diría C.W. Mills en dos magníficos capítulos de *La imaginación sociológica*.

La explicación de nuestras circunstancias económicas actuales por la economía de libre mercado ha saturado su teoría. Piketty recupera las preocupaciones en el desempeño de la vida material con su naturalidad espiritual por medio de la economía política como advertencia a la conciencia de los cambios: la política. Las fuentes utilizadas para sostener su opinión son apabullantes, superan cualquier antecedente histórico que las estadísticas del “empirismo abstracto” hayan presentado. Ensayo ideas, es lúdico entre la cifras, las respeta y habla por ellas y confirma que los grandes descubrimientos son, bienintencionadamente, el resultado de un accidente en el desorden. El éxito del libro de Piketty está en demostrarnos que, como en la ciencia, los datos económicos hablan con su inherente subjetividad y se envuelven en una conciencia política. ■